

LII. Formación lectora y educación estética

Presentación del Editor

No hace muchos años un catedrático me contó que había tenido que cambiarse de Facultad para poder ocuparse de la Literatura Infantil y Juvenil. No había demasiado interés por la materia en su área, que se consideraba como algo inferior, de poca monta en comparación con la "gran Literatura" o con la literatura a secas.

Este número está dedicado a la memoria de **Mercedes Gómez del Manzano**, compañera y amiga, que sufrió toda la vida el estigma de ser una especialista renombrada en Literatura Infantil y Juvenil. Como se le dijo públicamente en una oposición, «¿por qué se dedica usted a esto?». Si se quería trabajar en aquella época en el campo de Filología dedicándose a la Literatura Infantil y Juvenil se condenaba uno a no ser tomado en serio. Además de un imborrable recuerdo en lo personal, Mercedes Gómez del Manzano me dejó en herencia una tesis recién comenzada sobre literatura infantil, sobre Joan Manuel Gisbert, la primera que dirigí. Como miembro más joven entonces del departamento, me hice cargo de ella con ilusión y respeto. Por circunstancias, la Literatura infantil siempre estuvo presente en mi familia y no me pareció extraño dirigir aquella tesis. No entendí hasta pasado cierto tiempo la falta de interés en este campo. Todavía no son muchas las tesis sobre Literatura infantil que se presentan en departamentos que no sean de Facultades de Pedagogía.

La profunda crisis cultural en la que nos encontramos nos muestra la necesidad de comprender los procesos de formación lectora para hacerlos más eficaces. Necesitamos unos criterios sólidos para entender este camino en unas sociedades en las que la lectura se dirige más desde la mercadotecnia antes que desde la *formación* de las personas. Nos preocupan más las ventas y mercados que lo que la literatura, especialmente la infantil, tiene fundamentación.

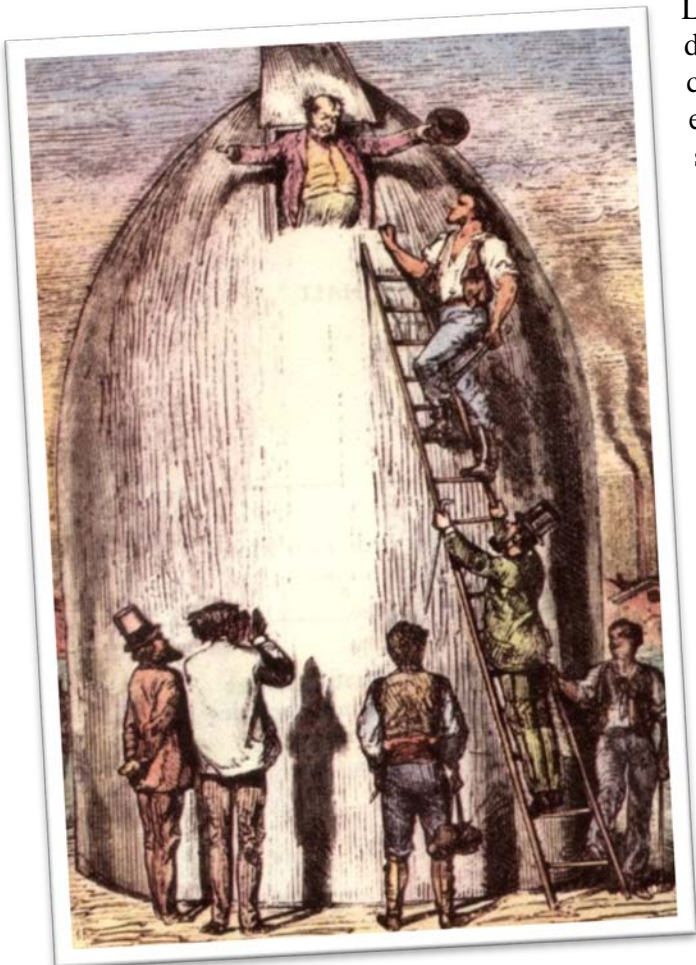
La formación de lectores se nos ofrece hoy como un reto cultural, no desde los principios de la *cantidad* sino de la *calidad lectora*, concepto que necesita ser redefinido a la luz de la propia crisis. La concepción de la cultura como una mera industria hace que primen criterios mercantilistas ante otros que la educación no debe perder de vista para cumplir sus objetivos esenciales y que se olvidan con frecuencia. En este sentido, la Literatura Infantil y Juvenil se muestra como una encrucijada en la que no solo se



debe tener en cuenta la formación de *hábitos*, sino también los criterios que permitan a los lectores jóvenes dar el paso a la lectura madura que representa los más valioso de la tradición literaria.

Creo que es precisamente aquí en este punto, la tradición, donde se produce la quiebra. Como sociedad, estamos perdiendo nuestras conexiones con la tradición o legado cultural ante una concepción industrial y de consumo, que ha sido analizada en muchos campos, pero que no se ha hecho nada por corregir. La conversión de la cultura en "mercado" produce un alejamiento de las fuentes tradicionales sustituidas por principios de "moda", en los que unos productos desplazan a otros. Esto se padece doblemente en el caso de los lectores más jóvenes, convertidos en un blanco de consumo sobre el que se dirigen múltiples presiones.

La única forma de corregir este deterioro de los criterios de consumo cultural es un sector educativo *fuerte*, con las ideas y principios claros para dotar a los que pasan por la formación de una sólida base lectora en los dos sentidos del término, comprensiva y estética, que permita avanzar hacia otras partes del legado cultural. El fenómeno no es universal, sino marcadamente occidental, en donde el papel de la *tradición* se ha visto deteriorado profundamente. Cuando hablamos de "tradición" no nos referimos a un modelo estético conservador o clasicista, sino por el contrario el que integra *convención* y *vanguardia*, mostrando la evolución estética —la Historia, en suma— de nuestras sociedades. Nada es más conservador, desde el punto de vista estético que la cultura *consumista*, que busca la estandarización del gusto para sacar el máximo provecho económico de los fenómenos de las modas que crea y sustituye de forma constante.



La pregunta sobre qué significa ser *buen* lector, debe alejarse de los criterios comerciales o consumo, que solo buscan la rentabilidad, y equilibrarse con las preguntas más complejas sobre cómo hacer que los lectores más jóvenes lleguen hasta los tesoros abandonados de la Literatura, aquellos que van a contribuir a su maduración como personas, a un mejor conocimiento de la cultura en las que se encuentran y acceder a unos valores estéticos y humanísticos que redunden en la mejoría de la sociedad a la que pertenecen. Es el conflicto entre *mercado* y *tradición*; entre comprar lo que nos ofrecen y acceder a lo forma parte de una cultura duradera por su calidad y trascendencia, y que configura nuestras raíces como miembros de una comunidad, que aborda nuestros problemas y contradicciones, que define nuestra propia imagen y la muestra a otros.

La "infancia" es una categoría relativamente reciente, "creada" entre ilustrados y románticos. Unos veían en ella el *futuro*; los otros, la *inocencia* del pasado perdido. Ambos le dedicaron formas específicas que servirían de base para una literatura

dedicada a los niños y las niñas (las diferencias de género eran evidentes) para despertar en ellos el amor por la *aventura* o por la *virtud*, en cualquier caso, por la lectura, en la que se veía una fuente de conocimiento e imaginación. Para los ilustrados, la lectura infantil era forma de aprendizaje social; para los románticos, la alternativa imaginativa a un mundo que perdía su magia con las ciudades y la industrialización.

Así se fue configurando un cierto canon que ha constituido el fondo de lectura hasta que el sistema cultural y mediático lo alteró con nuevas formas de consumo cultural, de gran impacto en la determinación del gusto y su dirección en las sociedades modernas.

Un fenómeno también característico de la sociedad que surgió tras la Segunda Guerra Mundial es la prolongación de infancia y juventud, algo que afecta igualmente a la formación lectora. Lo que antes se consideraba un periodo de *tránsito* hacia la edad adulta, se ha visto modificado por una prolongación de las etapas. Infancia y juventud son periodos cuya *extensión* se ha modificado en el último siglo y medio.

Se produce literatura para el consumo de todas las edades con una especificidad nacida de los estudios e informes de psicólogos, sociólogos y expertos en ventas. Esto hace que se vaya perdiendo el nexo generacional que la Literatura, junto a otras artes, aportaba, haciendo más difícil el diálogo.

Todos estos —y otros muchos— problemas afectan a la configuración de la "sociedad lectora", que se ha visto alterada por los elementos señalados y la introducción de otras *tecnologías de la palabra y la imagen* que amplían el espectro de la oferta cultural y del acceso a la misma.

Cada vez se hace más evidente que la cuestión de los soportes de la información tiene un peso específico en el proceso de adquisición de los hábitos culturales. La introducción masiva, en una generación, de unas nuevas formas de lectura no nos ha permitido un estudio profundo sobre sus efectos a medio y largo plazo. Simplemente nos limitamos a constatar que ha habido cambios sin saber exactamente qué los produce y sus efectos. Por ello es especialmente importante comprender los efectos de las formas de consumo y las variaciones en los dispositivos de transmisión a la información.

Ante este abanico de cuestiones, *Especulo* propuso dedicar un número monográfico al estudio amplio del fenómeno de la Literatura Infantil y Juvenil, empezando por el intento de definirla desde sus supuestos básicos. Definir una literatura de este orden es también definir sus lectores y el papel que la lectura cumple en su formación como personas de una sociedad en un momento de la Historia.

La propuesta era amplia. Hemos querido también —como es nuestra costumbre— introducir las voces de los profesionales y creadores. Lo hemos hecho a través de varias entrevistas que incluimos en el número. Se trataba de abrir un proceso de diálogo para intentar formular problemas y analizar realidades. Incluimos también una entrevista inédita con **Montserrat del Amo**. Tras su reciente fallecimiento, sirva de homenaje a quien le dedicamos un número especial y que siempre estuvo dispuesta a compartir su energía y sabiduría hasta el último momento.

Hay trabajos de muy diversas clases, con preguntas de distinto orden. En algunos casos se plantean cuestiones textuales, otros afectan a la lectura hoy, y otras propuestas se refieren a cuestiones de definición de los géneros. También hay una interesante aportación a la influencia de los medios en los nuevos estándares *multi* y *transmediáticos*. Con posterioridad al cierre han llegado muchas peticiones de información y propuestas, algo que demuestra interés por este tema esencial.

Debo resaltar la abundante participación de investigadores brasileños. Es una consecuencia lógica del gran interés que despierta en ese país todo lo referido a la infancia, la educación y sobre todo a la lectura. Sus poetas siempre estuvieron cerca de los niños.

Creemos que es una cuestión que debe permanecer abierta y no nos debería ser ajena desde todos los ámbitos de la educación y la investigación. Agradecemos la respuesta dada a la convocatoria y no descartamos en el futuro una nueva propuesta de indagación sobre este campo de estudio dado la importancia que para la formación de la sociedad lectora y la transmisión de la cultura tiene.

Como escribió el poeta William Wordsworth, "Child is father of the man" (*My heart Lips Up*, 1802).

Joaquín M^a Aguirre Romero

Universidad Complutense de Madrid

Grupo de Estudios de la Cultura Popular en la Sociedad Mediática (UCM)

